

GRIEGOS EN EL LABERINTO: EL CALDERO MEDITERRÁNEO

María López Ferreiro

tmarialopezfe@ub.edu

Resumen. Estamos habituados a la idea de que las raíces de nuestra cultura arrancan de Grecia. La insistencia en este punto trae consigo que en ocasiones no se mire más allá del siglo VI aC, como si a partir de ese punto se extendiese un insondable abismo. Pero quizá esas raíces griegas provengan, a su vez, de amalgamar elementos e influencias de tradiciones muy distintas. Veamos lo que podemos descubrir.

Abstract. We are used to consider that the origins of our culture are in Greece. Insistence on that point brings that we usually don't look further on the VI century (BC), as if an unfathomable abyss would extend from there on. But maybe those Greek roots came, in turn, from amalgamating elements and influences from very different traditions. Let's see what we can discover about that.

El estudio de la mitología y de su desarrollo en los pueblos de la Antigüedad es un tema con el que un buen número de gente se encuentra, en mayor o menor medida, familiarizado. Casi todos hemos leído en alguna ocasión algún relato suelto concerniente a Zeus y sus devaneos, a Hércules o a Neptuno. No se trata, pues, de algo totalmente extraño o desconocido. La educación occidental se decanta, no obstante, por poner el acento (cuando lo pone) sobre el estudio de la mitología grecorromana, permaneciendo en un relativo anonimato otras muchas tradiciones que han tenido un peso y una influencia en nuestra cultura tan importantes como la anterior (y en ocasiones, más). Dirigir nuestras miradas a esas tradiciones puede ayudarnos a completar y enriquecer la visión que poseemos de nosotros mismos y nuestro mundo, lo cual resulta especialmente interesante en un momento en el que la multiculturalidad y la búsqueda de “puentes” antropológicos y sociales entre los diversos colectivos humanos se encuentra de tan candente actualidad. El estudio

de esas relegadas mitologías puede revelarnos algunos aspectos muy interesantes de la historia de las antiguas civilizaciones, aspectos que no siempre se han tenido en cuenta y que podrían ayudarnos a cambiar y ampliar nuestra visión del mundo de hoy, lo cual resulta interesante para todos.

No quisiera caer en este artículo en un simple estudio de mitología comparada, pese al innegable interés que éste podría poseer. Lo que realmente deseo mostrar aquí es la deuda que la mitología grecorromana mantiene con algunos de sus más distinguidos vecinos del otro lado del mar. Civilizaciones tan diferentes como la griega, la egipcia o la babilónica poseen no pocas similitudes, lo bastante significativas como para trascender el terreno de lo puramente casual. Cuál sea (si es que existe) la base común que permite tal parecido y qué consecuencias se pueden derivar de ello es de lo que deseo hablar en este artículo, si bien será preciso hacerlo de forma muy imperfecta y esquemática. No es tema que pueda despacharse en doce páginas, desde luego, pero quizá estas páginas puedan proporcionarnos una introducción para estudios venideros. No es un tema nuevo, aunque quizá no se le ha prestado toda la atención que merecería y como ya hemos mencionado, puede resultar útil para que nos replanteemos muchas cosas, tanto del pasado como del presente.

Podemos comenzar cambiando el modo habitual de enfocar este tipo de temas. Así, tomaremos como primer apoyo desde el que empezar a movernos no la mitología griega, como estamos habituados a hacer, sino la babilónica. Se trata, desde luego, de una elección al azar. Veremos que, en este asunto, es indiferente desde dónde comencemos: siempre llegaremos al mismo lugar. Podríamos iniciar nuestro periplo basándonos con los egipcios o con los griegos y el resultado no variaría en lo esencial. Ésta es nuestra tesis básica y a ella remitiremos en todo momento, pues en relación con ella mediremos el éxito o fracaso de este artículo.

Comencemos pues, y hagámoslo con un episodio que, cuando menos, nos resultará familiar: una lucha entre dioses. De finales del segundo milenio antes de Cristo data el más famoso testimonio de la cosmogonía babilónica: el *Enúma elish*¹, en el cual se nos relata el surgimiento de los dioses, la creación del mundo y, por fin,

¹ Recibe este título por las dos primeras palabras de su primer verso, “*Cuando arriba...*”. Para este trabajo hemos consultado la versión de Ediciones Trotta (Madrid, 1994).



Océano y Tetis, mosaico romano de Zeugma

la aparición de los hombres. En los tiempos previos a la creación, nos dice, sólo existía la pareja primordial Apsû-Tiamat (personificaciones respectivamente de las aguas dulces subterráneas² y de las aguas saladas del mar, identificadas por Burkert³ con Océano y Tetis de la mitología griega). Estas dos divinidades “mezclaban sus aguas”, siendo el resto de los dioses el resultado de esta mezcla. Puesto que el mundo no había sido creado todavía, estos jóvenes dioses moraban en el Apsû, constituyendo una ruidosa y poco bienvenida molestia para sus tranquilos y dormilones progenitores. Apsû en concreto, para quien la necesidad de sueño parece más importante que para Tiamat, termina por resolver el aniquilamiento de esta fastidiosa progenie. Su plan (del que no conocemos detalles) es abortado por Enki, un joven dios hijo de Anu (dios del cielo), quien descubre el complot y se las ingenia para dormir a Apsû, quien será asesinado durante su sueño tras ser despojado de sus enseñas de realeza por el astuto Enki. Sólo entonces establecerá éste su reino en el abismo, concibiendo en su esposa Damkina al resplandeciente Marduk, caudillo de los dioses en la posterior guerra contra Tiamat y rey de todo

² Apsû es el nombre que recibe el abismo en esta cosmogonía, lugar donde posteriormente establecerá su morada Enki, el inteligentísimo dios de las profundidades.

³ Véase BURKERT, 2002.

el panteón a raíz de la subsiguiente victoria. El cadáver de Tiamat será cortado por el triunfante Marduk, que generará el mundo a partir de él.

Al margen de las lógicas diferencias, no resulta difícil percibir las similitudes que este episodio guarda con otro mucho más conocido por nosotros: el famoso mito de la sucesión dentro de la mitología griega (concerniente a Urano-Cronos-Zeus). Todos recordamos el famoso asunto de la mutilación de Urano por su hijo Cronos, en representación de todos los dioses que se veían dolorosamente confinados en el seno de Gea por parte de su cruel padre. También nos resulta familiar el enfrentamiento entre el propio Cronos (quien devoraba a sus vástagos, condenados también así a la oscuridad) y su hijo Zeus, brillante caudillo de los jóvenes dioses en la batalla que habría de arrojar de una vez por todas a los titanes de los cielos. El parecido con el *Enúma elish* es evidente. En ambos casos nos encontramos con una serie de jóvenes dioses a los que, de un modo u otro, no se permite ver la luz del día. En ambos casos hay un destronamiento y posteriormente un conflicto que termina con la victoria de los dioses más jóvenes, representantes de un grado de civilización muy superior al de sus ancestros, de los cuales se distancian considerablemente. En ambos casos el relato comienza hablando de divinidades muy básicas (del caos, del abismo...), divinidades que actúan como fuente primera de todo lo demás pero que, una vez cumplida esta función, son obligadas a echarse a un lado en favor de los nuevos tiempos. En ambos casos, vemos la historia explicada a través de un conflicto generacional. Los dioses de la civilización, del orden, de lo moderno (podríamos decir) salen a la luz a través de una ruptura radical con la oscuridad en la que (y de la que) han nacido, y en relación con esto, las diferencias entre las distintas versiones no resultan tan relevantes. No nos importa que el mito griego duplique el enfrentamiento paterno-filial (lo cual, probablemente, es fruto de aunar en un mismo relato elementos de tradiciones distintas) frente a la unidad que presentan los dioses babilonios (padres, hijos, etc...) en su enfrentamiento contra los primeros progenitores. En ambos casos es un dios de la tercera generación el encargado de lograr la victoria y de organizar el mundo civilizado⁴, y en ambos casos ese dios desciende en línea directa de ese abismo que se desea relegar. Las

⁴ Zeus, al igual que Marduk, se presenta en todos los mitos como el mantenedor de la regla del universo, y garante del orden, que no existía antes de su llegada, contraponiéndosele a menudo el tiempo anterior (bajo el dominio de los titanes) como una etapa de confusión y desgobierno. En este

distintas formas en que ese tema básico ha sido desarrollado en los diferentes lugares y tiempos no constituyen un obstáculo relevante para nosotros en este artículo, ni en relación con el ámbito histórico ni con el filosófico.



“La mutilación de Urano”, fresco de Vasari en el Palazzo Vecchio de Florencia, siglo XVI

Estas variaciones, de hecho, resultan a menudo más circunstanciales que básicas, ya que de hecho las similitudes se extienden en ocasiones a planos tan concretos como los procedimentales, lo cual excluye con mucho la mera casualidad. Pensemos, por ejemplo, en el (ya no tan conocido) mito de Kumarbi, de origen hurrita⁵. Una tablilla del segundo milenio antes de Cristo, más o menos, nos relata que el primer rey del cielo, Alalu, había sido desposeído de su reino por el dios-cielo Anu (Urano), a su vez arrojado por Kumarbi (Cronos), el rey de los dioses (de los ya evolucionados, se entiende). Cuando Anu trata de huir del cielo, Kumarbi le arranca los genitales de un mordisco y se los traga, quedando fecundado con el dios de la tormenta y otros dos “dioses terribles”. Posteriormente escupe el miembro, que fecunda la tierra, con los otros dos dioses, pero no se libra del dios de la tormenta, al que termina por alumbrar.

sentido, se podría mencionar a Maât, deidad del orden universal de los egipcios, representada por una pluma de avestruz en perfecto equilibrio, considerada o bien hija de Ra (padre de dioses y hombres, como lo es Zeus) o en estrecha relación con él (a menudo se les representa juntos iconográficamente).

⁵ Los hurritas (*sarabitas* en los documentos babilonios y *horreos* en el Antiguo Testamento) fueron un pueblo de Oriente Próximo que habitó una región centrada en el valle del río Khabur, la cual comprendía el sudeste de la actual Turquía, el norte de Siria e Irak y el noroeste de Irán. Nuestro actual conocimiento de ellos proviene en su mayor parte de testimonios hititas. Se los supone oriundos de Anatolia oriental, y aunque no formaban parte del tronco cultural indoeuropeo, un buen número de expertos coinciden en considerarlos influenciados por él (BONNEFOY, 1996).

El dios de la tormenta (Zeus), con la ayuda de Anu, terminará por deponer a Kumarbi. Las semejanzas con el mito griego son evidentes⁶, aunque existan ciertas diferencias (Alalu no tiene paralelo en el mito griego, Cronos se come una piedra y no un falo y no es él, sino Rea, quien alumbra al dios de la tormenta...), pero tales diferencias apuntarían simplemente a la existencia de una versión común, de amplia difusión, de la que existirían diversas variantes locales⁷. Hesíodo escogió una, los hurritas otra. Sabemos que, de hecho, el episodio del falo engullido no le resultaba desconocido y que había sido citado en otros lugares, lo cual convierte su silencio en un posible recurso literario (quizá decidiera modificarlo en su obra por considerarlo cruento en exceso, en cualquier caso, la variante elegida de la emasculación no es tan importante como el hecho en sí).

Quizá no nos llame la atención el parecido que pueda existir entre civilizaciones que se movían más o menos en la misma área y entre las que, como sabemos, existió una relación cultural, comercial e incluso política históricamente comprobable. No resulta extraño que los griegos pudiesen conocer ciertos elementos de las mitologías babilónica o hitita y verse influenciados por ellos (y viceversa). Las similitudes a este nivel entre los diversos pueblos mediterráneos y sus vecinos más o menos cercanos, si bien siempre ricas y sorprendentes, pueden encontrar una explicación fácil y satisfactoria, como de hecho ha ocurrido (y en ese sentido remitimos, por ejemplo, a las obras del genial Martin Litchfield West⁸). No obstante, no es tema en el que se haya hecho suficiente hincapié. El estudio de las relaciones entre la mitología grecorromana y el resto de civilizaciones más o menos

⁶ Similitudes demasiado numerosas y claras como para no tenerlas en cuenta: el conflicto sucesorio se extiende a lo largo de tres generaciones (si dejamos de lado a Alalu, elemento bastante extraño que resulta, ya en el propio mito, secundario); el dios de la tercera generación es quien se alza victorioso, si bien con la ayuda de su antepasado de la primera (Anu, jugando aquí un papel similar al de Urano en relación con Zeus); Kumarbi castiga a Anu de un modo similar a como Cronos lo hace con Urano y luego alumbra a su enemigo, el dios de la tormenta, episodio que trae a nuestra mente ciertas reminiscencias con la relación de Cronos hacia sus hijos (a quienes engulle primero y se ve obligado a expulsar después). La referencia al falo que Kumarbi escupe y que fecunda la tierra es similar a la castración de Urano (de cuya sangre y genitales surgen Afrodita, las ninfas Melías y los gigantes) y podría incluso ponerse en relación con el uso que el Marduk babilonio hace del cuerpo muerto de Tiamat, a partir del cual crea el mundo (BONNEFOY, 1996).

⁷ (KIRK, RAVEN Y SCHOFIELD, 1999).

⁸ WEST, 1977 y 1971 respectivamente.

mediterráneas es relativamente reciente y continúa siendo tema de discusión (a veces bastante virulenta) entre los expertos. Tal polémica podría abrirse todavía mucho más, incluyendo el estudio de algunos ciclos mitológicos de origen indoeuropeo cuyas relaciones con nuestra base cultural han sido obviadas y/o olvidadas a menudo, como es el caso de las tradiciones céltica e hindú. Observar sus relaciones con la mitología grecorromana e incluso las influencias externas que han recibido a lo largo de su periplo histórico resulta fascinante. Acostumbrados a escuchar que los orígenes de nuestra civilización se encuentran en la Grecia del siglo VI aC, nos sorprende constatar que, en realidad, se remontan a un período muy anterior, a un oscuro nudo fundacional que fue extendiendo sus tentáculos a lo largo de Europa y Asia en un sorprendente movimiento expansivo. Si rastreamos esos tentáculos en el sentido inverso y llegamos a la fuente, descubriremos algunos hechos muy sorprendentes que podrían hacer que nos replanteásemos muchas cosas. Eso, no obstante, no es tema que podamos abarcar aquí sin exceder los límites del que hemos elegido. Sin embargo, sí es interesante mencionarlo, como tema para futuros estudios que puedan completar lo que hemos iniciado con éste.

Pero continuemos con nuestro asunto. Retomemos una vez más el mito babilónico para fijarnos en las figuras de Apsû y Tiamat. Anteriormente, hemos mencionado de pasada la identificación de estas dos figuras por parte de Burkert con Océano y Tetis. Esta comparación resulta ligeramente problemática, dado el peculiar carácter de estos últimos. El concepto de Océano es uno de los más interesantes de todo el pensamiento griego, aunque también uno de los más escurridizos. La mayor parte de las menciones que conservamos sobre él se derivan de algunas referencias homéricas por lo demás bastante oscuras dado que, para empezar, se encuentran a caballo entre dos posibles consideraciones de Océano no exactamente sinónimas. Tenemos, en primer lugar, las alusiones que lo suponen un vasto río que circunda la tierra⁹ y del que nacen todos los ríos y mares de nuestro mundo¹⁰. Esta concepción popular era elemento básico y común en el

⁹ “De palabra afirman (los griegos) que Océano, partiendo de la salida del Sol, fluye en torno a la tierra toda, pero de hecho, no lo demuestran”, Heródoto, IV, 8 (KIRK, RAVEN Y SCHOFIELD, 1999).

¹⁰ “A éste ni el poderoso Aqueloo le iguala, ni la gran fuerza de Océano, de profunda corriente, de quien, en verdad, todos los ríos, todo mar, las fuentes todas y los profundos pozos dimanar” Homero, *Iliada*, 21, 194 (hablando de Zeus) (IDEM).

pensamiento de las grandes civilizaciones costeras de Egipto y Mesopotamia desde mucho antes de la composición de la *Iliada*, y desde allí penetraría en Grecia en época bastante temprana, revistiéndose de elementos más propios de su mitología. De estas civilizaciones adoptó probablemente Tales de Mileto su idea de que la Tierra flota sobre las aguas, y ciertas coincidencias entre algunos mitos griegos, mesopotámicos e hititas prueban que ya en la época de Hesíodo (y probablemente antes), se incrustaron en el pensamiento griego concepciones ajenas al área egea. Por ejemplo el mito del Sol que, tras cruzar el cielo con sus caballos y su carro, navega en un cuenco de oro en torno a la corriente de Océano, regresando al Este justamente antes del alba, encuentra su paralelo en la creencia egipcia de que el Sol viajaba por la noche de Oeste a Este en barco por las aguas subterráneas.

Existe, por otro lado, la concepción de Océano como origen y fuente ya no de todas las aguas, sino de todas las cosas. Esta idea, mucho menos extendida, proviene de dos referencias homéricas no demasiado claras¹¹ y bastante inesperadas. En realidad no hay apenas nada más en Homero que nos permita una interpretación razonable en este sentido. No obstante, Platón¹² y Aristóteles creyeron que ambas citas contenían un significado cosmológico (el segundo, especialmente, afirmó que apuntaban directamente a una cosmogonía primitiva¹³, de cuya realidad no tenemos pruebas y de cuya existencia dudamos). No podemos estar seguro de si estas aisladas menciones homéricas representan realmente el esquema tradicional de la imagen del mundo o alguna concepción cosmogónica específica, pero sí podemos ver en ellas una probable alusión a ideas mitológicas de origen no-griego que resultaron de gran influencia en el área egea, como mencionábamos un poco más arriba. Es posible que los insólitos pasajes homéricos que hemos citado se refieran al origen oriental de este concepto, dándonos simplemente una idea de las diversas influencias

¹¹ “Pues voy a ver los límites de la fértil tierra, a Océano, generador de dioses y a la madre Tetis”. Homero, *Iliada* 14, 200 (repetido en 14, 301). // “A cualquier otro de los sempiternos dioses podría yo fácilmente hacer dormir, incluso a las corrientes del río Océano, que es la génesis de todas las cosas, pero a Zeus Crónida no me atrevería yo a acercarme ni hacerle dormir, a no ser que él mismo me lo pidiera”, Homero, *Iliada* (habla el Sueño) 14, 244 (KIRK, RAVEN Y SCHOFIELD, 1999).

¹² “Homero que, al decir “Océano, padre de los dioses y la madre Tetis”, declaró que todas las cosas son vástago del flujo y del movimiento” (PLATÓN, 1990: 152 E).

¹³ “Hay quienes creen que los hombres muy antiguos y los primeros teólogos, muy anteriores a nuestra generación, concibieron a la naturaleza de la misma manera [que Tales]. Pues hicieron de Océano y Tetis progenitores de lo que nace (...)”. (ARISTÓTELES, 2000: A 3, 983 b 27).

que recibía el pensamiento griego de sus vecinos. La idea de un río circundante se había incorporado a Grecia, de hecho, en una fecha muy anterior a *La Ilíada*, lo que actuaría como prueba de un antiguo influjo ya por entonces cristalizado y “egeizado”, hasta el punto de que Homero eligió utilizarlo sin problemas en una epopeya destinada a la transmisión oral popular. Pensemos, por ejemplo, en el caso egipcio. Algunos de sus mitos mencionan a una oscura y extraña divinidad llamada Nun (la cual, por cierto, jamás recibió culto propiamente dicho ni poseyó templo alguno, lo cual ha hecho pensar a muchos que podría tratarse de una elaboración abstracta posterior, más propia de la filosofía que de la primitiva religiosidad). Nun simboliza las aguas primordiales de las que todo habría surgido. Los dioses dormían en el seno de estas aguas, hasta el momento en que Nun los sacó fuera de sí mismo con sus fuertes brazos. Según otras variantes del mito, Atum despertó en Nun y abandonó este primer refugio. Depositado en una primera colina, único asiento seco sobre las aguas, habría generado al resto de los dioses a partir de su onanismo (lo que apunta a un posible significado fálico de esa primera colina). Con los dioses, se inició la creación del mundo y de los hombres¹⁴, comenzando propiamente el devenir mitológico habitual.

Resulta también revelador recurrir al relato del *Enúma elish* que hemos mencionado en páginas anteriores. Las diferencias con el ciclo mitológico griego son evidentes. En el *Enúma elish*, la procedencia del mundo a partir de las aguas primordiales es no sólo claramente explícita, sino también base esencial de la cosmogonía, lo cual no sucede en Grecia. No obstante, también existen importantes semejanzas. Apsû, el abismo, puede relacionarse no sólo con Océano, de aguas dulces, deidad primigenia y fecunda, sino que también posee cierta cercanía con Caos, la divinidad hesiódica originaria, oscura y desconocida de la que surgiría

¹⁴ La mitología egipcia es un caso bastante particular dentro del mundo antiguo, aunque no extraño. Numerosas tradiciones, algunas abiertamente contradictorias, conviven en su seno, herencia de los tiempos previos al establecimiento de un estado unificado bajo el cetro faraónico. Junto a la religión oficial de la capital, las diversas ciudades y regiones pudieron conservar sus templos y tradiciones, siempre que honrasen entre sus dioses al faraón (quien protegía un culto u otro sobre los demás según sus gustos o conveniencia). Esta variedad dificulta en ocasiones el estudio de la mitología egipcia, tan rica y variada como compleja y que dista enormemente de estar unificada o de presentar una corriente dominante.



Atum, creador
de dioses y
hombres.

todo lo demás, y que entre otras muchas denominaciones, recibe también la de “abismo”¹⁵. Con eso, se aludiría al oscuro e impreciso origen de las cosas, que salen a la luz desde no se sabe qué misterioso y oculto lugar¹⁶. La referencia al agua dulce como atributo abismal es un asunto corriente no sólo en Mesopotamia, dependiente de la fertilidad de los ríos sobre los que asienta su prosperidad, sino un elemento habitual en buena parte de las primitivas mitologías, en las cuales los entes creadores originarios, padres (o madres) de dioses y hombres, siempre se asocian de un modo u otro a medios líquidos¹⁷.

La semejanza entre el Océano griego y el Nun egipcio es, salvando las básicas distinciones, incluso más clara que lo anteriormente expuesto. El papel generador de Nun es tan oscuro y ambivalente como el de Océano, dependiendo de unas pocas y no demasiado claras referencias. No obstante, sí sabemos que la primera colina del mundo se erige sobre las aguas primordiales, y que éstas rodean la creación y sobre ella extienden sus brazos a modo de ríos y fuentes de agua dulce, lo cual resulta muy cercano a la más extendida visión del concepto de Océano, y actúa como uno de los muchos testimonios de la prolongada y fructífera relación cultural entre Egipto y Grecia, recogida y documentada en numerosas ocasiones.

Tiamat, del mismo modo, puede verse asociada con cierta facilidad con Tetis, divinidad claramente marítima, unida a Océano del mismo modo que

¹⁵ (HOMERO, 1979 y HESÍODO, 1975).

¹⁶ La figura de Caos es muy interesante dentro de la mitología griega. A menudo se considera que simboliza la ruptura, el desvelamiento que precede a la aparición de las cosas, las cuales no provendrían de la nada, sino de una oscuridad imprecisa que las escondía previamente. El ser creadas significa que “salen a la luz”, que “surgen” (MARZOA, 1995).

¹⁷ Pensemos, por ejemplo, en el gran dios Dagda, de los celtas, que habría adquirido el carácter de fecundo y padre a raíz de su matrimonio sagrado con la Gran Madre Adartia, diosa de la fertilidad a través de su asociación con los líquidos vitales (agua, sabia...) y cuyo carácter y funciones fueron heredados (o usurpados) por su esposo. La misteriosa divinidad primordial, habitualmente *clónica*, de la que todo proviene, suele tener un carácter acuático, independientemente del asentamiento o del modo de vida de su pueblo.

Tiamat lo está al Apsû. Tanto una como la otra presentan caracteres más activos y ambivalentes¹⁸ que sus esposos, tanto una como la otra bullen de vida en sus oscuras, misteriosas y abismales profundidades. Quizá el carácter de Tetis se halla menos explicitado en el mito griego que el de Tiamat en el babilonio, quizá se trata de una divinidad secundaria, comparativamente mucho menos importante, citada casi exclusivamente como compañera de Océano. Pero no debemos olvidar que el vinoso Ponto, de gran poder, es una de las primeras divinidades en salir a la luz en la *Teogonía*. Y, ¿qué es la titánide Tetis sino señora y personificación del Ponto, poderoso, oscuro y terrible?

Podría resultar interesante citar también el curioso caso de Ferécides de Siro. Pese a su pretendida y legendaria antigüedad, sabemos que el *Heptámichos* de Ferécides es ligeramente posterior a Hesíodo y que, lejos de ser original, se limita a trabajar sobre materiales ya existentes, refundiéndolos de un modo ligeramente distinto. Si bien en un principio se distinguen las entidades de Cronos, Zas y Ctonia como seres primigenios (perteneciendo Océano a un estado posterior de creación), en cierto momento nos habla de la lucha entre Cronos y un tal Ofioneo (monstruoso dios con forma de serpiente, convertido aquí en primer rey del cielo al lado de Eurínome, lo cual puede aludir a la idea de Océano y Tetis, sus padres, como dioses primordiales)¹⁹. Esta lucha cósmica con un dios serpiente, por cierto, no es nueva (recuerda fuertemente al enfrentamiento de Zeus con Tifón en la propia *Teogonía*) ni exclusiva de Grecia, y no podemos sino recordar al respecto la lucha de Marduk con Tiamat (ayudada por una serpiente) o la batalla diaria entre Re y Apofis.

Todavía podríamos ofrecer más ejemplos, aunque juzgo que con lo que hemos presentado ya tenemos bastante. Retomemos, pues, nuestro presupuesto básico: existe una fuerte coincidencia de base entre las tradiciones mitológicas

¹⁸ La muerte de Apsû despierta de su sueño a la dócil Tiamat, enfrentada entonces a sus hijos en una dura lucha, cuando anteriormente se había mostrado más benevolente con ellos que su padre. Se ha querido ver en esto una descripción del carácter cambiante del mar, unas veces en calma y otras rugiendo violentamente en plena tempestad (BURKERT, 2002).

¹⁹ Este tipo de reduplicaciones, a veces manifiestamente incoherentes, es habitual en las narraciones míticas griegas (aparecen en varias ocasiones, sin ir más lejos, en la *Teogonía*), resultado de la fusión de elementos populares distintos o provenientes de tradiciones diferentes mezcladas en un estadio anterior no muy claro.

de sitios y tiempos muy diversos. Si dejamos de lado el hecho obvio de que la mitología trata de responder a las preguntas y a los problemas básicos del ser humano (por lo que, siendo estos problemas los mismos en toda época y lugar, tenderán a proceder de formas más o menos similares para lograr su objetivo), esta coincidencia se nos muestra como demasiado concreta y significativa como para que la pasemos por alto con facilidad. A lo largo de los ejemplos presentados hemos observado los mismos materiales, dispuestos de manera bastante semejante. Los mismos dioses con las mismas funciones y problemas, si bien bajo nombres y circunstancias lógicamente diferentes. Por ello, creo que si observamos bien esos ejemplos y otros muchos que podrían aducirse, nuestra suposición de que existe una enorme influencia oriental sobre las culturas mediterráneas de Grecia y Roma (y, por extensión, sobre la nuestra) está justificada. Ese nudo de influencias es el que debe ser nuestro objeto de estudio. Es importante que tratemos de sacarlo a la luz, de buscarlo más allá de las manifestaciones culturales que conocemos, porque ese buceo histórico podría recompensarnos con un conocimiento de nuestras propias raíces que podría sorprendernos. Y esto es algo que, hoy por hoy, vale la pena considerar.

Bibliografía

- Burkert W., *De Homero a los magos*, Barcelona 2002.
- Lara Peinado F., *Enûma elish*, Madrid, 1994.
- Bonnefoy Y., *Diccionario de las mitologías, vol I y vol 5*, Barcelona, 1996.
- West M., *Early Greek Philosophy and the Orient*, Oxford, 1977.
- West M., *The East face of Helicon: West Asiatic elements in Greek poetry and myth*, Oxford, 1971.
- Kirk G., Raven J., Schofield M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, 1999.
- Schibli H., *Pherkydes of Syros*, Oxford, 1990.
- Hesíodo, *Teogonía*, trad. Aurelio Pérez Jiménez, Barcelona, 1975.
- Homero, *La Ilíada*, Barcelona, 1979.
- Martínez Marzoa F., *Historia de la filosofía antigua*, Madrid, 1995.
- Platón, *Teeteto*, trad. Manuel Balasch, introd. Antonio Alegre Gorri, Barcelona, 1990.
- Aristóteles, *Metafísica*, trad. Tomás García Calvo, Barcelona, 2000.